



ARTICLES:

Christina Civantos. "The Pliable Page: Turn-of-the-21st-Century Reworkings of Villaverde's <i>Cecilia Valdés</i> ."	2
Guadalupe Gerardi. "Interrogating Monstrosity and the Grotesque in Griselda Gambaro's <i>Nada que ver</i> and <i>Nada que ver con otra historia</i> ."	13
Rodrigo Viqueira. "La escritura fonográfica de Rodolfo Walsh: La grabadora y la disputa por la voz obrera en <i>¿Quién mató a Rosendo?</i> ."	21
Daniel Arbino. "'Together We're Strong': Cross-Cultural Solidarity in Angie Cruz's <i>Dominicana</i> ."	30
Marisela Fleites-Lear. "Miamiando: Performing Cubanness in the Time of Elián in Jennine Capó Crucet's <i>Make Your Home Among Strangers</i> ."	40
Teddy Duncan, Jr. "Politics of Dismissal and Death: <i>Tentacle</i> , Necropolitics, and the Political Subject."	49
Cynthia Martínez. "The Ghost and the Double: Identity, Migration, and Storytelling in Francisco Goldman's <i>The Long Night of White Chickens</i> ."	54

CREATIVE:

Lucía E. Orellana Damacela. "Blues."	65
Esteban Córdoba. Two short stories: "Espera" and "Risco."	69
Paul Evaristo García. "Darkest Before Dawn."	71
Ana Duclaud. "Alto Oleaje."	76
Alexander Ramirez. "The Decay of the Angel."	79
Shane Blackman. Three Sonnets: "Listen to Irene Cara", "Octavio Paz and the Nobel", "The Goals of Diego Maradona."	83
Allen Zegarra Acevedo. "Los de arriba."	85
Elliott Turner. "El Cautiverio."	87
Erika Said Izaguirre. "Del north al south."	95
Thomas Glave. "But Who Could Have Known? (Grief, Gratitude)."	104
Óscar Gabriel Chaidez. "Yuma."	111

REVIEWS:

<i>Nuevos fantasmas recorren México. Lo espectral en la literatura mexicana del siglo XXI.</i> Por Carolyn Wolfenzon. Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana -Vervuert, 2020. 338 páginas. Reviewed by: Roberto Cruz-Arzabal.	115
<i>Le Maya Q'atzij/Our Maya Word: Poetics of Resistance in Guatemala.</i> By Emil Keme'. University of Minnesota Press, 2021. 258 pages Reviewed by: Ignacio Carvajal.	117
<i>Centenary Subjects: Race, Reason, & Rupture in the Americas.</i> By Shawn McDaniel. Vanderbilt University Press, 2021. 282 pages. Reviewed by: Anibal González Pérez	119
<i>Falso subalterno. Testimonio y ficción en la narrativa chilena de postdictadura.</i> By José Salomon Gebhard. Santiago: Piso Diez Ediciones, 2021. 196 pages. Reviewed by: Ana Traverso Münnich	121

Alto Oleaje

Ana Duclaud

ABSTRACT: Written in small fragments that intermingle scenes from childhood with present-day reflections about life and literature, this piece details my experience with anxiety and trauma as a young girl; it addresses the difficulties that children often face when articulating emotional distress, particularly in relation to anxiety disorders. This piece also explores the power of literature as an affective space that can articulate our own emotional pain in a way that can provide solace.

BIOGRAPHICAL NOTE: I am a third-year PhD Student in Comparative Literature at the University of Texas, Austin. I am originally from Mexico City. My research interests include the study of avant-garde movements in France and Latin America, translation studies, and film and media studies.

A veces en las tardes una cara
nos mira desde el fondo de un espejo;
el arte debe ser como ese espejo
que nos revela nuestra propia cara.

—Jorge Luis Borges

El niño debe ir a su habitación inmediatamente; la cena ya está lista para los adultos. Los padres de Marcel tienen invitados y ya es hora de que el niño se vaya a dormir. Marcel quiere darle un beso de buenas noches a su madre antes de partir, pero su padre le dice que esas manifestaciones de afecto en público son ridículas. Lentamente, el niño se dirige a la escalera. Da cada paso a *contre-cœur*; daría lo que fuera por regresar al comedor y estar cerca de su madre. La escalera, conducto inexorable a su destino final, emana un fuerte aroma a barniz. Huele a tristeza. Huele a la profunda angustia que Marcel siente cada vez que lo separan de su madre. Llega a su recámara. Cierra las persianas. Se pone su camisón para dormir y se acuesta en su catre de hierro; sabe muy bien que jamás logrará conciliar el sueño sin el beso de su madre.

* * *

Me acerco a mi librero y elijo el primer tomo de *À La Recherche du Temps Perdu*, edición Gallimard. La cubierta es sobria, color cascarón, típica de esta editorial. No sé si me siento más intimidada o emocionada ante este prospecto de lectura. He escuchado que Proust, supuesto mago del lenguaje, logra, a través de sus minuciosas imágenes poéticas, construir una idílica visión de la campiña francesa. Es una visión del pasado impregnada de nostalgia, dicen. Quizás encuentre discusiones filosóficas complejísimas sobre la percepción subjetiva del tiempo; reflexiones profundas sobre el amor y la obsesión. También es probable que me

aburra. Me han dicho que la narrativa es lenta y las descripciones algo tediosas.

Antes de sentarme a leer, hago una parada estratégica en mi buró y dejo allí mi celular con la pantalla hacia abajo; me conozco lo suficientemente bien como para saber que tenerlo al alcance de la mano es una tentación demasiado grande. Recorro mi habitación hacia mi estación de lectura—un sillón anaranjado en el cual he pasado gran parte de mi adolescencia—lista para emprender esta nueva travesía.

Lo que aún no sé es que dentro de unas veinte páginas conoceré al pequeño Marcel, y que, al encontrarme con las angustias nocturnas de este debilucho, sensible niño, resurgirá mi pasado.

* * *

Después de un largo día en el hospital con mi tía Gabi, mis papás ofrecieron cuidar a Ceci, la menor de sus hijas, ya que yo, siendo hija única, tenía en ese entonces una camita adicional en mi cuarto, reservada exclusivamente para el uso de mis primos. Estaba feliz. Aunque Ceci tenía diez años y yo cinco, nos llevábamos muy bien. A ella todavía le gustaba jugar a las muñecas conmigo.

* * *

Entre el usual cantar de los pájaros que anuncian el amanecer, escucho rechinar la puerta de mi cuarto. Mi mamá entra de puntitas y se acerca a Ceci, tratando de hacer el menor ruido posible para no despertarme. Le acaricia el hombro para despertarla. Llegaron por tí, mi niña, susurra. Hay algo raro en su voz. Se quiebra un poquito, como si hubiera llorado. Adormilada, Ceci empaca su mochilita, toma a mi mamá de la mano, y juntas se dirigen hacia la puerta; la dejan entreabierto al salir y, tras ellas, un entrometido rayo de luz

me pega en la mejilla. Escucho el crujir de los escalones de madera mientras bajan a la puerta principal. ¿Por qué se habrá ido Ceci antes de desayunar? Ruedo al rincón opuesto de mi cama donde todavía está oscuro y cierro los ojos, a ver si logro conciliar unos minutos más de sueño.

* * *

Son las nueve de la mañana; ya es hora de desayunar. Me pongo mi bata de peluche rosa y bajo al antecomedor. Mis papás están sentados ya, aunque no han tocado su comida. Buenos días, mami. Buenos días, pa. Les doy el usual besito en la frente y escalo a mi silla. La suave luz del sol matutino se asoma entre las ramas de la jacaranda del vecino; sombras floridas ondulan sobre los platos de fruta. Huele a café y a tortilla quemada. Tenemos que decirte algo, Anushki. La voz de mi mamá tiembla un poco otra vez al decir estas palabras. Hace una pausa y suspira. Mi papá toma la batuta. Se murió Gabi ayer en la noche, me dice. Su voz encarna consuelo; en su suavidad se escucha el esfuerzo requerido para darle una noticia tan fuerte a una niña.

* * *

No lloré. Será porque el concepto de la muerte es demasiado abstracto para una niña de cinco años. Creo que no entendí, cierto. Ni me acuerdo del funeral. Pero la desaparición permanente de mi tía plantó una semilla en mi subconsciente. Una semilla que, un año después, creció hasta volverse enredadera. Enredadera descontrolada. Enredadera claustrofóbica alrededor de la posibilidad de una realidad sin mamá. Dentro de lo inefable de la situación, algo me quedó claro: si mis primos habían perdido a la suya, yo podría perder a la mía.

* * *

No pasa nada, Anushkita. Nos vamos solo por unas dos horas y punto, además ya sabes que vamos a estar a la vuelta de la esquina. ¿Me prometes que me contestas si te marco, ma? Sí, Anush. ¿Y si te paras al baño? Me llevo el celular conmigo, pinky promise. Mis papás tienen la costumbre de salir a cenar los viernes por la noche. Ya van tres meses que escogen el mismo restaurante italiano a tres cuadras de la casa. 250 metros. Diez minutos caminando. Dos minutos en coche.

Un típico viernes por la noche en el 2002:

9:00pm. Mi nana, Tere, me acuesta a las nueve y media. Le pido que me ponga el cassette de cuentos para niños sin el cual me cuesta trabajo conciliar el sueño. Lado A: Alibaba y los 40 ladrones. Lado B: El Príncipe feliz *Entonces la Golondrinita arrancó el gran rubí de la espada del Príncipe y, llevándolo en el pico, voló sobre los tejados de*

la ciudad. Escucho con detenimiento por la milésima vez. Abrazo a Dani, mi borreguita de peluche.

9:20 pm. Fin del cuento. Prendo la luz y pongo el cassette de música de meditación que me dio mi mamá antes de salir. *Omm na ma shivayaaa.* Esta música te va a ayudar a relajarte, me aseguró. Respira muy hondo a su ritmo y trata de no pensar en nada. Tiene el efecto contrario; las voces místicas solo me hacen más consciente de mi soledad. Mi respiración se acelera. Siento el familiar nudo en la garganta. Nudo advertencia. Nudo que me susurra al oído, separación es igual a peligro. Nudo bomba de tiempo que amenaza explotar en llanto incesante.

* * *

9:45 pm. Tomo el teléfono en mi buró y marco 0445554074381 sin necesidad de prender la luz. ¿Están bien, mami? ¿Cuánto tiempo se van a tardar? Ya estamos por pedir la cuenta; llegamos en quince. El nudo se destensa. Mínimo me contestó a la primera esta vez, pienso con alivio. Ella sabe que una distracción de diez minutos puede resultar en veinte llamadas perdidas. Espero en mi cama, mirando al techo. Quince minutos duran tres horas.

10:00pm. Escucho el crujido de la puerta de la cochera. Inhalo y exhalo muy profundo. Siento el oxígeno entrar en mis pulmones. Finalmente podré dormir.

10:02pm. Mi ma entra a mi cuarto. Pretendo estar dormida, aunque las dos sabemos que no es el caso. Me da un beso en la frente y me hace piojito. Huele a perfume de magnolias.

* * *

Anush, ven a mi cuarto. ¡Voy, ma! Dejo mi rompecabezas y respondo a su llamado. Sé que hoy por la noche tiene planes con sus amigas y que mi papá va a trabajar hasta tarde. Llevo desde las once tratando de hacerme a la idea. Trato de ocupar mi mente con otras cosas para no pensar en ello. Entro al cuarto. Mi mamá me espera con hojas en blanco y plumones. Quiero que dibujes tus preocupaciones. ¿Cómo? Trata de dibujar lo que sientes cuando salgo a cenar. Okay... tomo el plumón morado. Trazo una casa grande con dos cuartos. Está vacía salvo por una minúscula figura con pelo chino. Ningún adorno. Ningún mueble. Nada más que una niña sola en una casa que le queda demasiado grande. Rayoneo el espacio en blanco que rodea la casa; lo convierto en un profundo cielo nocturno. Cielo oscuro, amenazante, sin luna ni estrellas. ¡Ya terminé, mami ! Corro hacia su baño para entregarle el producto final. Está con la secadora de pelo en mano, señal de que queda poco tiempo antes de su partida. Perfecto. Ahora, acompáñame. Me toma de la mano, bajamos las escaleras y, al entrar a la cocina, saca unos cerillos del cajón junto a la estufa. Ahora, ve como tus

preocupaciones se desmoronan. Toma la esquina del papel, lo acerca al fregadero, y lo enciende en fuego. Observo mis miedos vueltos llama incandescente. Humo. Ceniza.

* * *

Misión de la noche: lograr que mi tía me deje marcar a mi casa para que mis papás me recojan. Llevo dos horas en la cama de María sin poder dormir. Siento el familiar nudo en mi garganta. Es hora de tomar acción. Psst, María ¿Estás despierta? Su respiración profunda me indica lo contrario. Hora del plan B. Trato de ser lo más sigilosa posible; me resbalo de la cama y voy de puntitas al cuarto de Santi y Pablo. ¿Otra vez, Anush? Santi se baja de su litera exasperado. Antes de irnos a dormir le prometí que esta vez sí me iba a quedar hasta la mañana; que jugaríamos Nintendo desde temprano, a ver si logramos capturar la última estrella en Super Mario 64 antes de que pasaran mis papás por mí. Sí sabes que mi mamá se va a enojar, ¿verdad? Asiento con la cabeza y encojo los hombros. Santi me toma de la mano y, juntos, vamos al cuarto de los adultos. La puerta rechina; comienzo a llorar. Ya sé como va el asunto. Mi tía Inés se exaspera. Ya estás grandecita como para estar haciendo berrinches, me dice. Ve a María, tiene cuatro y ella sí se duerme tranquila. Regreso a la cama. Lloro por quince minutos más y vuelvo al cuarto de mi tía; le ruego que me deje marcar a mi casa. ¡Pero están todos dormidos, niña! Deja a tus papás descansar. Pero mi llanto continúa. Llanto de súplica, de frustración. Entre mi tía y yo, una laguna de incompreensión. En mis lágrimas, ella ve un capricho. Si solo pudiera expresarle que mi mundo está al borde del colapso. No funcionan mis palabras. El lenguaje es mi enemigo. Eventualmente colmo la paciencia de mi tía y me pasa el teléfono. Mi mamá llega por mí a la medianoche. No me voy a quedar a dormir en casa de mis primos por un buen rato.

* * *

Los libros siempre han sido fieles compañeros en mi soledad. En especial, me encantan las historias de niñas incomprendidas. Cuentos sobre niñas solitarias que tienen que aprender a confrontar y entender el mundo por su propia cuenta. Leo Matilda de Roald Dahl una y otra vez. A ella le gusta mucho leer y encuentra refugio en las bibliotecas, tanto así que se vuelve amiga de la bibliotecaria que le recomienda libros avanzados para su edad. Tiene un vagonsito rojo con el cual transporta su torre de libros rentados a su casa. Una tarde, me siento en frente de una caja de Cheerios por quince minutos. La miro fijamente, convencida de mis propios poderes telequinéticos. No se mueve ni un milímetro.

* * *

Vente, Anita, vamos a jugar serpientes y escaleras. Me acerco a Armando con algo de sospecha. No entiendo el punto de jugar

juegos de mesa en un consultorio. Empieza el juego. Tiro el dado. Tres. Una escalera me lleva de la casilla tres a la ocho. Armando tira. Cuatro. La serpiente lo retrocede seis casillas. ¿Platícame, qué vas a hacer este fin de semana? No mucho. Mis papás se van de viaje a Acapulco con sus amigos y yo me voy a quedar con mi abú. ¿Y cómo te sientes? Tiro un cinco. Seis casillas para abajo. Pues me da miedo.... ¿Qué te da miedo? Tira un cuatro. Escalera de la casilla seis a la diez. No se... que mi mamá no conteste el teléfono y... que le pase algo. ¿Qué le puede pasar? Me cuesta trabajo explicarlo... siento que si estoy lejos de ella y no contesta... que podría estar en peligro... que se podría morir. Tiro un uno. Una serpiente me lleva casi al inicio del tablero. ¿Y qué sientes en el cuerpo cuando piensas esas cosas? Tira un cuatro. Tenemos tiempo, Anita. Solo trata de decirme lo primero que te venga a la mente. Tú concéntrate en el juego. Tira un cuatro. Pues me dan ganas de llorar y cuando empiezo... entre más lloro, más se aprieta el nudito que siento en mi garganta, y menos puedo parar. Además... me da miedo que me regañen. ¿Qué sientes cuando te regañan? Tiro un dos. Es que... puede ser muy desesperante para los demás... es cansado escucharme llorar por tanto rato... yo también me canso mucho.

* * *

El dolor es una experiencia solitaria. Cada dolor es único, inefable. Pero contamos con el lenguaje. Tenemos la habilidad de crear historias que trascienden el tiempo y el espacio; historias que crean vínculos afectivos entre dolor y dolor. Vínculos que, al ser puntos de contacto, nos hacen sentirnos menos solos, aunque sea por un breve momento. Vínculos que crean un espacio de empatía. Como el que sentí entre Marcel y yo. Cuando leí sobre ese niño hipersensible que no lograba conciliar el sueño sin el beso de su madre, me sentí comprendida.

* * *

Ahora, la angustia es una cicatriz que se inflama de vez en cuando. Un recordatorio de quien fui que colapsa el espacio entre el presente y el pasado. Como ahora. En este momento. Mientras escribo estas palabras. La siento en mis dedos. En mi garganta. En el peso sobre mi pecho. La siento, sí, pero esta vez no dejo que tome control sobre mí. Canalizo su intensidad mientras escribo. Yo sabía desde un inicio que solo al sentirla podría moldear el dolor y convertirlo en palabras. Conversar con él. Dolor vulnerable. Vulnerabilidad misma. Puente que me lleva a la niña frágil que fui y que me permite darle un abrazo. Me permite decirle que, dentro de lo que cabe, las cosas mejoran. Que el dolor no es un hoyo negro, sino un mar con temporadas de alto oleaje. Y lo único que uno puede hacer es aprender a flotar y confiar en que después de esas tres olas de cinco metros una tras otra tras otra tras otra el mar se vuelve sereno, cristalino. Casi como un lago. Confiar en este proceso. En su falta de permanencia.

* * *